

POR LA VIDA

Por GABINO-ALEJANDRO CARRIEDO



AQUEL hombre, que llevaba un periódico bajo el brazo, dejó de mirar a la ventana y echó para adelante.

Dio tres pasos, nueve pasos, treinta pasos y, al torcer la esquina, del quicio de una puerta, una sombra le salió al encuentro.

La sombra era de una mujer. Esta dijo:

—¿No piensas volver?

El hombre se había detenido, pero no volvió la cabeza.

—No.

—¿Nunca?

—No sé.

Destellaron los ojos de la hembra.

—La niña está dormida.

—¿Qué niña?...

—La niña..., tu hija... ¿Qué niña va a ser? ¿Olvidas que tienes, tenemos una hija?

—Sí, ya sé...

Callaron ambos por espacio de un minuto. La mujer se impacientó:

—Total, que no piensas sentar la cabeza...

—Déjame.

Y el hombre siguió andando.

—¡Loco!... ¡Mal padre!... ¿Tú tienes corazón?... ¡Te falta un tornillo! ¡Te falta un tornillo!...

Le siguió la voz a través de las sombras. Salía humo de tabaco y fritanga de una taberna que halló al paso. Alargó el cuello para ver la hora. Dudó un momento, anduvo un poco y retrocedió para entrar en la cantina.

Un vaso, dos vasos, no quedaba dinero para más. Era preciso entonarse antes de entrar en brega. Volvería. Llamaría resueltamente a la puerta y, con un tono serio y despreocupado, diría: «¿Don Narciso Suárez?». ¿Era Suárez o Juárez? Sacó la deteriorada tarjeta del bolsillo: era Suárez. Pues diría: «¿Don Narciso Suárez?... ¿Que de parte de quién?... De Manolo, de Manuel Fernández, de su amigo Manuel». Pero tampoco «de su amigo Manuel». Diría sencillamente: «De parte de Manuel.»

Salió. Estaba algo nervioso. «Daré un rodeo —pensó— y así me tranquilizaré. Es preciso estar tranquilo.» Supuso también que, rodeando la manzana, no se la encontraría de nuevo.

¿Una hija! ¿Y para qué quería él una hija, vamos a ver? ¿Podía él cargar con las consecuencias...? La vida es la vida, señor. Además, ¿quién sabe!, a lo mejor ni era suya siquiera. Porque las mujeres...

Había mujeres en todas partes. Cruzaban con sus novios, con sus amigos, en todas las direcciones. Iban y venían estupidamente abrazados y se detenían en el quicio de las puertas. Buscaban la sombría complicidad de los árboles y se oían chascar las bocas. ¡Aggg!... Todo era silencioso y

oculto. El amor, el amor. El no estaba para amores. ¡Pues sí!

Las calles, casi solitarias. Casi silenciosas. Las asendereadas puertas de los bares respirando un sucio aliento de humo y vino. Faroles que nunca terminan de conciliar el sueño. Los adoquines, irregulares, vencidos unos y levantados otros. (Este Municipio...) Arriba, el cielo. El cielo es otra cosa. Un azul negro uniforme, una luna islámica, tal vez demasiado decorativa; incontables estrellas... El cielo. Como si tuviera un rumor de grillos. Como si aplicaran una mano fresca sobre nuestra frente ardorosa. (Mal; esto es ya poesía.) Pero cae de lleno el cielo sobre la tierra; aplasta a la tierra; aplasta, más que nada, a las ciudades.

Las ciudades tienen casas. Las casas tienen ventanas...

—Buenas noches.

El sereno.

—Hola, Braulio.

—Buen tiempicito, ¿eh?

—Sí, no está mal el tiempo.

—¿Caminando para casa?

—¡Psh! Vay a dar una vuelta por ahí.

—Ya entiendo...

El sereno guiñó un ojo y a Manolo le entraron ganas de estrangularlo. Pero continuó andando.



--Que haya suerte...

Le entraron ganas de estrangularlo

Decía... Sí, ya sé lo que decía: Las ciudades tienen casas, Las casas tienen ventanas. Las ventanas tienen algunas veces luz. Y visillos. En ocasiones se ve a través de ellos una lámpara y una consola. Y un gran retrato de familia. Y a veces también salen de las ventanas los acordes de una música. Buena vida.

Y no es que Manolo tuviera precisamente vocación de burgués. Viciente cosa. Los burgueses nunca ven más allá del plato de lentejas. Todo se les vuelve comer, llenar la casa de muebles y ponerle un piso, si a mano viene, a la querida. ¿Puede ser esta la vida de un hombre? Colocarse bien colocadito y ¡halá!, a esperar el ascenso o a cortar el cupón. ¡No! Manolo pensaba que estamos aquí para algo más. Claro que también tener una casa, y un lecho, y luz eléctrica, y agua corriente, tiene su importancia. Y comer todos los días. Y poder meter la niña en un colegio. Sin estas cosas, malamente puede pensar uno en algo mejor. «No hay nada tan cruel como la indigencia», se dijo Manolo mirándose con dolor la indumentaria.

Estaba cohibido. «Visillos, lámparas, consolas», repetía de manera maquinal. ¿Y para qué quería él unos visillos? Sin ellos se puede vivir perfectamente. Detrás se esconde la habitación, seguramente una alcoba. Ahora mismo, en las alcobas de toda la ciudad, serían muchas las parejas ejercitando el incorregible, veteránísimo juego del amor. De estar más cerca las ventanas, también se oírían chascar las bocas. Y crujir los huesos. El amor, el amor. Se termina siempre roncando. Y la música. Menuda música la que tenía él en la cabeza

Seguía andando lentamente, sin duda, para terminar de tranquilizarse. Sacó el último cigarrillo que le quedaba para encenderlo en la misma

puerta, unos segundos antes de llamar. Un hombre fumando inspira más confianza. Un cigarrillo echando humo presta despreocupación. Es el cincuenta por ciento de probabilidad de éxito. Bueno, cincuenta, no, pero sí bastante...

La cosa era segura. Llegaría. Llamaría a la puerta y diría: «¿Don...?» ¡Sí, sí! Actuar decididamente, decir las cosas claras. Lo tenía muy pensado. Eran muchas las vueltas en torno de la casa, mirando a la ventana encendida del despacho del señor Suárez. ¿Era Suárez o Juárez?... A ver, a ver. De esto hay que estar seguro; una simple coladura y... Pues es Suárez; eso es: Suárez. Bien. Lo había rumiado debidamente. La cosa estaba hecha; no podía fallar. ¿Sentar la cabeza?... ¿La niña dormida?... ¿Pero es que el dinero viene andandito a buscarle a uno?...

Ante la casa. Otra vez ante la casa. Buena casa aquella, mejor que las de los visillos. El portero.

—A casa de don Narciso Suárez. Ya me conocen.

Las alfombras así, amortiguan los pasos; son verdaderamente cómodas estas alfombras. Y las luces muy elegantes. Y los espejos; también los espejos son cómodos. Ante ellos se percata uno de que no tiene tan mala figura. Uno es alto, no mal parecido, sabe moverse, andar, así, despacio, casi diría que hasta con empaque. Si no fuera por esta chaqueta... por estos zapatos...

La puerta tiene un farolillo repujado. Dentro no se oye el menor ruido. Seguramente hay también alfombras. Descansar un momento. Se ha agitado el corazón con la subida. ¿O acaso por nerviosismo? Hay que tranquilizarse. Es mucho lo que le va a uno en la cosa. Decidirse. Dominar la situación. Eso es. Ahora, a encender el cigarrillo. El timbre. Una doncella.

—¿Don Narciso Suárez?...

—El señor está de viaje.

(Ilustraciones de Fausto de Lima.)

GRAN CONCURSO "TRIUNFO" DE NARRACIONES 10.ª relación de originales

A la hora de cerrar este número, a nuestra Redacción han llegado ya 909 cuentos. Damos este dato, que por sí mismo, sin más comentarios, da idea de la proyección de nuestro Gran Concurso de Narraciones, junto a una nueva relación de originales.

EL ORGANILLERO,

de Juan Miguel Company Ramón.

EL VIENTO VENGADOR,

de Gloria Abanda Cendoya.

AURORA MANANERA

y

EL BARRILITO,

de José Leal y Bosch.

LA MADRE Y EL NIÑO,

de Moisés Gómez Bayó.

LA ESCORIA DEL PUEBLO,

de Alejandro Vázquez Labourdette.

EN EL NOMBRE DEL PADRE,

de Luis Giménez Clavijo.

EL AMIGO DE LOS COMICOS,

de Fernando Chinarro Molina.

HUYENDO DEL MUNDO,

de Alicia Olbes.

ADIÓS, VIAJERO,

de María Paz Díaz.

ANASTASIA,

de Urbano Fernández Rubio.

ENTRE LAS MANOS DE DIOS,

de Angel Veza Huerta.

EL SIFÓN

y

EL BOTONES,

de Vicente Sancho Molina.

LA CARTA,

de Gloria Díaz Carmona.

EL CAMINO,

de Delia Blanco Tella.

EL DONCEL DE LA CONDESA,

de Juan Ignacio Gamero Guerrero.

DEGOLLAD LAS CAMPANAS,

de Luis Gasca Burges.

EL OLIVAR,

de Marino Viguera.

... Y LLEGARA EL DIA,

de Francisco Andruca López.

ES MEJOR NO MIRAR POR LA

VENTANA,

de Francisco Alemán Salnz.

EL ACCIDENTE,

de Gloria Abanda Cendoya.

EL ANTICIPO,

de Bartolomé Julia Mercadal.

EL PLACER DE MORIR,

de Joak Bresmar.

SOLO UNO MENOS,

de Mario Sampere Passarell.

OBERTURA,

de Ricardo Jaime Sachetl.

PECADO DE COBARDIA,

de Anet Sedecrem.

EN EL COLEGIO,

de Jesús Laza.

LA HUIDA,

de Alfonso García Terdep.

LOS INOCENTES,

de Fermín Nebreda Camarero.

LA LLEGADA,

de José Esteban.

LOS DIAS DE INVIERNO,

de Fernando Morales Vizuella.

JUNTO AL CIPRES HAY UN CA-

DAVER,

de Fernando Rivas Gómez.

ORVALLO EN EL RECUERDO,

de Angel Gil Otero.

ESE MAR...,

de Eduardo Martínez Motosos.

UNA CERILLA,

de Carlos Díaz Ríos.

CUATRO DE SEPTIEMBRE,

de Javier Castrillón.

JUICIO A UN TONTO,

de José K. F. Sentinella.

UNA LENTA DESGANA,

de Teresa Barbero Sánchez.

PESADILLA,

de Juan Antonio Pérez del Valle.

EL HOMBRE QUE VIVIO DEMA-

SIADO,

de Juan José Paradas.

LA POSADA,

de Inés Aragrev.

EL BILLETE DE LOTERIA,

de Juan Luis Mateos Fernández.

VEJEZ,

de TERCER CAPITULO

y

ESTILO,

de Lerry.

«LA PORTERA», CUENTO EXCLUIDO DE NUESTRO CONCURSO DE NARRACIONES

Por no ajustarse a las Bases del Gran Concurso de Narraciones, queda descalificado el cuento «La portera», firmado por Julio M. de la Rosa, y que con el número 6 fue publicado en el número 13 de nuestra Revista de fecha 1 de septiembre de 1962.

Al ser descalificado este cuento, consideramos que la publicación de las narraciones seleccionadas debe extenderse de sesenta a sesenta y una semanas.

